

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Saturnino Pérez Rodríguez, 65 años

Montserrat González Corral, 20 años

JUEGOS DEL DESTINO

Hace ahora 65 años nacía Saturnino (el tercero de cuatro hermanos) en un tiempo con escasez de comida y sin futuro... Era la posguerra española. Pasaron los años y con ellos la ilusión de seguir viviendo en Asturias.

Recién cumplidos los 14 años se embarcó en un viaje que, sin saberlo, sería 'la historia de su vida', moviéndose de ciudad en ciudad y de trabajo en trabajo, tratando de encontrarse a sí mismo y, en definitiva, tratando de encontrar una ansiada felicidad.

La primera parada de este viaje fue Oviedo, para buscarse la vida trabajando más de 12 horas diarias en un bar. Tras un tiempo, y algo de experiencia, se fue a Gijón a trabajar en una sidrería. Pero esto no era vida para un chaval y una mañana se encontró a sí mismo alistado en el servicio militar. La búsqueda de sí mismo no tuvo éxito por este camino tampoco. La única experiencia que tenía era militar y hostelera, así que una vez en Madrid volvió a trabajar en un bar los siete días de la semana.

Allí conoció a Manuel que tenía las ideas claras: irse a Londres, trabajar duro, ser feliz y hacer dinero... El sueño de cualquiera. Pero conseguirlo no era tan fácil como decirlo y terminó rechazando ese sueño por irse a la Exposición Universal de Montreal en Canadá.

El billete de avión a Londres fue bien aprovechado por Saturnino, que con un permiso de hostelería se marchó por cuatro años a trabajar. En el avión soñaba con encontrar un mundo diferente lleno de oportunidades y con un futuro por delante, un futuro diferente al que podría tener aquí si se quedaba. Pero esto no sería nada más que un sueño.

Al bajar del avión las cosas eran diferentes, no había tanta riqueza y la masiva emigración de otros países, entre ellos España, ya no estaba tan bien vista. Así que aceptó el primer trabajo que le ofrecieron en un bar de camarero. Tantos kilómetros para trabajar en lo mismo, aunque en otro sitio.

Al principio, la vida fue dura, demasiado dura para alguien que no había salido nunca de España y que no hablaba el idioma. Pero en esos cuatro años, a base de trabajar duro, aprendió inglés y se convirtió en un barman respetable. Tanto es así que como cliente suyo estaba entre otros el mismísimo Charles de Gaulle.

La vida le iba muy bien, teniendo en cuenta los comienzos, y a los cuatro años decidió seguir dándole una oportunidad a Londres y vino a Madrid a renovar el permiso, esta vez sería por tres años.

Una vez aquí por casualidades de la vida conoció una chica, 'LA' chica, (aunque él todavía no lo sabía). Pasaban los meses, se escribían cartas como amigos, pero el interés por ella era cada día mayor. Su trabajo ya no le parecía tan importante, ni con clientes tan excepcionales conseguía sentirse realizado, pero el permiso estaba firmado y debía permanecer allí tres años.

Pero, ¿qué era lo que le pasaba, que no podía ser feliz allí? Nada era lo mismo. Se pasaba horas leyendo las mismas cartas sin darse cuenta de que lo único que quería era volver a España para estar con aquella chica.

Al fin y al cabo la vida nunca termina siendo tal y como la pensamos, ni siquiera tan fácil como intentamos que sea y la mayoría de la veces la suerte nunca está de nuestro lado (o eso pensamos). La distancia haría que el contacto se fuera perdiendo poco a poco y, en la última carta, se despidieron como amigos que emprendían la vida por caminos separados. Saturnino le envió en aquella carta un anillo que había comprado para mandárselo por su cumpleaños. Tendrían que pasar más de ocho años hasta que volvieran a reencontrarse, pero esa vez quizás fuera para siempre.

Fue una mañana de mayo, Saturnino estaba de vuelta en Asturias con la esperanza de poder empezar aquí



un negocio, sin demasiada ambición, pero suficiente para vivir bien. Muchas cosas habían cambiando, las calles ya no eran las mismas, ni siquiera las pequeñas tiendas permanecían donde antes. Muchas habían cerrado y otras habían sido traspasadas; era como si no caminase por el mismo sitio que abandonó años atrás; como si todo lo que él conocía ya nadie supiera lo que era o a qué se refería; un sentimiento de desconcierto le sacudió, ya que los lugares que tanto extrañaba y los que deseaba volver a ver no existían como él los recordaba, Oviedo era otra ciudad distinta.

El barrio antiguo en cambio seguía igual, las mismas casas y la misma multitud de gente acudiendo sin falta al 'Fontan', muchas mujeres para comprar flores, alimentos e incluso telas. Nada parecía fuera de lo común, hasta que empezó a llover como si de un diluvio se tratara. La gente de los puestos trataban de recogerlos a toda prisa para no estropear el material, los demás corrían en medio de la multitud para ponerse a cubierto y no terminar calados hasta los huesos.

En medio de toda aquella locura, sin saber muy bien dónde refugiarse, Saturnino vio un bar al final de la calle donde poder permanecer mientras el temporal amainaba. Sin levantar la vista del suelo para no pisar a nadie, se dirigía a ese pequeño bar que nunca antes había visto a pesar de ser una zona que hace años recorría diariamente.

En medio del camino chocó con una joven y sin querer todo lo que ella había estado comprando terminó en el suelo. Sin ni siquiera mirarle a la cara Saturnino le pidió mil perdones y se agachó para ayudarle a recoger todo lo que podía del suelo, pero ni la multitud ni el tiempo les dejó. Y todo quedó en el suelo, empapado y estropeado, en medio de una multitud agitada corriendo sin rumbo y entre las lágrimas de una joven que ninguna culpa tenía.

Al empezar a llorar Saturnino la miró para consolarla... Pero, no pudo. No se creía la cruel broma que el destino le estaba gastando, juntándole en medio de aquella locura de multitud junto con la chica a la que tantas cartas había escrito años atrás y cuyas cartas tantas veces había leído. Incluso después de dejar de escribirse guardó las cartas porque eran un hermoso recuerdo.

Quizás fuera por sus ojos, quizás el recuerdo de su mirada, o simplemente por el anillo que llevaba a modo de colgante alrededor de su cuello que se deslizó por su cuello quedando a la vista de Saturnino y que él reconoció como el mismo que le había regalado hace años... ahí supo que era ella.

Lo que comenzó como una amistad, un amor furtivo que les traería más de un problema terminaría en alegría, matrimonio y felicidad.

Y así, en papel, su historia finaliza. Pero la vida es larga y habrá desafíos porque sin ellos no hay vida.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Después de todo lo que he vivido yo no tengo edad, tengo vida”. Ésa fue la primera frase que Saturnino me dijo en cuanto nos vimos. Su vida es lo que me contó sobre tiempos pasados, amores furtivos, supervivientes de una guerra, historias que sólo unos pocos conocen...; y sobre la pena de la vida: que todo el conocimiento que se ha ido acumulado durante tantos años quede olvidado junto con un nombre y un rostro... Tantos recuerdos que hicieron de una vida, la persona que es ahora; todo eso... olvidado.

Al hablar con él no sólo iba comprendiendo que el paso del tiempo es inevitable para todos. Aunque ese pensamiento no esté presente en nuestras mentes cada día. Al pasar los años, hay algunos que envejecen, otros no maduran y los hay que tienen miedo a la nuevas tecnologías. Pero hay algo común a todos ellos, algo que se aprende con el paso de los años: que hay que tratar de vivir la vida con alegría, aprendiendo de lo malo y de lo bueno, sin mirar excesivamente hacia atrás porque es bueno recordar, pero debemos mirar hacia delante.

En definitiva envejecer es como escalar una gran montaña; mientras se sube, las fuerzas disminuyen, pero a su vez la mirada es más libre, la vista más amplia y más serena.